

***Mi nombre es Álvaro Aguilar Z. y tengo 55 años de edad. Ya hace casi treinta años tuve un encuentro personal con el Señor Jesucristo.***

Antes de tener la hermosa experiencia con el Señor Jesús, llevé una vida sumamente desordenada, buscando llenar un gran vacío que experimentaba dentro de mí, y anhelando encontrar identidad, pues me sentía sumamente rechazado por mi familia, vecinos, compañeros de estudio, etc. No me atrevía a tener amigos pues consideraba que no calzaba con ningún hombre, pues los miraba muy diferentes a mí. Sin embargo, al mismo tiempo los deseaba, en una forma inadecuada, no sana. Pues creía haber nacido homosexual.



Cuando vine a conocer las Escrituras (La Biblia) me enteré que la homosexualidad es pecado. Por lo tanto Dios no pudo haberme creado homosexual, ya que todo lo que El hace es bueno, y no hay pecado en El. Abandoné toda práctica homosexual, retirándome radicalmente del mundo gay. Pues mi único deseo fue y es agradar a Dios.

Al tiempo de estar congregándome en una iglesia cristiana, Dios empezó a llamarme a Su servicio, y de esta forma llegué a ser pastor y al mismo tiempo me enamoré de la que hoy en día es mi esposa. Nos casamos ya hace 27 años y tuvimos un hijo, al cual llamamos Miguel Ángel. Realmente vivíamos muy felices, bajo las pruebas y situaciones normales de cualquier pareja. Viviendo una vida de enamoramiento con Jesucristo y sirviéndole en Su obra.

Después de casi trece años de victoria y servicio a Dios, nuestro hijo a la edad de casi 13 años enfermó de cáncer y al término de tres meses de sufrimiento y clamor a Dios por nuestro hijo, él partió con el Señor.

Esta circunstancia, no fácil, ocasionó que naciera en mí un gran resentimiento contra Dios, por no haber sanado a mi hijo. Este fue el disparador suficiente para saber que no estaba sano, mis sentimientos y emociones aún pedían calmar el dolor interno en una forma inadecuada, con respecto a la homosexualidad, pues creyendo estar libre de ello, pude darme cuenta que no era de esa forma, pues la homosexualidad se empezó a manifestar de nuevo.



Las tentaciones cada vez se hicieron más seguidas y fuertes y comencé a ceder ante las peticiones de mis deseos carnales y emocionales. De esta forma me reinicié dentro

del mundo gay, adentrándome en el pecado de tal manera, hasta llegar de tener una pareja gay.

Llegando a este punto, ya era casi imposible ocultarle a mi esposa lo que está sucediéndome. Lo cual me llevó a una separación con ella, y fue sumamente doloroso. Al cabo de tres meses de separado y convivir con la pareja gay, un día recapacité de pronto, y creo definitivamente que fue un nuevo toque del Espíritu Santo, y pude ver que en lo que estaba no era real, que el amor entre dos varones es imposible y que no existe complemento verdadero con otro varón. Gracias al Señor Jesucristo por esta nueva oportunidad en mi vida, pues la vida que tenía en ese momento era más difícil y dolorosa que la vivida antes de tener mi encuentro personal con Cristo.

Sin embargo, al mismo tiempo me preguntaba. ¿Tendré que vivir mi vida cristiana en abstinencia?, ¿No, podré ser feliz sexualmente? A estas interrogantes y otras en mi corazón, pues conociendo que a quien amaba verdaderamente era a mi esposa, el Señor no se hizo esperar y puso en mi camino una amada hermana en la fe, quien me mostró el camino para sanar mi alma. Me guió y ayudó para llevar una terapia, la cual sanaba mis emociones y sentimiento, un camino para renovar mi mente. Luego de cierto tiempo empecé a experimentar cambios emocionales muy importantes en mí, trabajando simultáneamente en la renovación de mi mente, aplicando a todo pensamiento pecaminoso la Palabra de Dios (La Biblia). Hasta lograr un nivel de sanidad en mi alma y poder decir me siento liberado de los sentimientos y tentaciones homosexuales, al mismo tiempo un nivel emocional maduro, encontrado respuestas sanas en mi interior ante las circunstancias de la vida sean estas buenas o malas. También pude descubrir que puedo ser admirado sanamente por otros varones en una forma sana, sin que medie el interés sexual, y al mismo tiempo poder yo relacionarme con hombres sanos y encontrar que podía admirarlos sanamente, maduramente, sin atracciones sexuales, pues sanadas mis emociones fui libre verdaderamente, ya no habían peticiones internas para sanar el dolor en una forma inadecuada.



Quiero decirte, el camino de la sanidad no es corto, tampoco fácil, requiere de trabajo, entrega y sufrir al recordar desde nuestra niñez más remota lo que nos hirió, rechazó y de parte de quien vino, etc. para perdonar y bendecir. Pero el cambio es posible, en Cristo Jesús hay esperanza para todo aquel que desea ser libre.

Dios les bendiga